

Piratas de tinta y letras



Willy de Bruss

Sandra Galán

Saray Gallardo

Siena López

Antonio Posadas

Evento Las Auténticas Devoralibros 2022



Piratas de tinta y letras

Relatos piratas
para el Evento 2022
Las Auténticas Devoralibros

Edición de descarga gratuita

Primera edición: Octubre 2022

Diseño de portada y maquetación: Prisca Nerín

Relatos escritos específicamente para el Evento de las Auténticas Devoralibros del 15 de octubre de 2022 celebrado en la biblioteca Miquel Martí i Pol de Sant Joan Despí por los autores Willy de Bruss, Sandra Galán, Saray Gallardo, Siena López y Antonio Posadas

Todos los derechos reservados

❧Sumario❧

❧Prólogo❧.....	5
❧ <i>Una leyenda pirata</i> , de Willy de Bruss❧.....	7
❧ <i>La pirata del Averno</i> , de Sandra Galán❧.....	17
❧ <i>Piratas en el aire</i> , de Saray Gallardo❧.....	24
❧ <i>El diario pirata</i> , de Siena López❧.....	42
❧ <i>Muéstrame el final</i> , de Antonio Posadas❧.....	52
❧¡Gracias, lector!❧.....	68

❧ Prólogo ❧

Que es mi barco mi tesoro,

Si los escritores y escritoras fuésemos piratas, nuestro tesoro sería la imaginación: ese viaje espiritual que nos obliga a viajar por nuevos mares de letras, que nos empuja a ensanchar nuestras miras más allá del océano de asfalto y nos impulsa a luchar contra el orden establecido de la realidad.

que es mi dios la libertad,

Si los escritores y escritoras fuésemos piratas, nuestro dios serían las musas: esas esquivas deidades que, cuando las buscamos en una plácida isla paradisíaca no aparecen, y sin embargo son capaces de concedernos sus gracias cuando cruzamos un maremoto de gentío durante la compra en el mercado, sin papel ni bolígrafo a mano. ¡Y, aun así, cuántos rituales inventamos para contentar sus caprichos! Les regalamos nuestras horas de sueño, las atraemos con velas aromáticas o las invitamos a café sin que nos den una pista de su próxima visita.

mi ley, la fuerza y el viento,

Si los escritores y escritoras fuésemos piratas, nuestra ley sería la libertad: la capacidad de decidir qué, cómo, cuándo, dónde y por qué escribir; plasmar en papel o en una pantalla esas palabras que brotan de nuestra mente, de

nuestro corazón, y embriagarnos con ellas al paladearlas como si fuesen el ron de la mejor barrica, o quizá guardarlas, atesorarlas y amontonarlas para que la luz no les haga perder esa magia primigenia que tienen cuando son escritas por primera vez. Tanto si esas sortijas de palabras, esas frases largas como collares, o esos relatos rebosantes como toneles de licores exóticos se comparten con gusto o se guardan con celo, que sea una decisión nacida de la libertad.

mi única patria la mar.

Si los escritores y escritoras fuésemos piratas, nuestra patria serían los eventos literarios como el de las Auténticas Devoralibros: poder atracar en puerto seguro y sentirse arropado por iguales que comprenden cuán duro es navegar por estos mares de tinta, de ceros y unos, y cómo de difícil es llegar a islas donde sus habitantes acepten nuestra forma de vivir y los tesoros que les ofrecemos. Compartir experiencias en comunidad nos hace ver que, aunque la escritura es solitaria, todos estamos unidos por la misma pasión.

Y si los escritores son piratas, como lectores no podemos hacer nada más que dejar que sus historias nos aborden y permitir que nos lleven, felizmente secuestrados, a sus mundos imaginados.

Prisca Nerín y José de Espronceda
Evento Las Auténticas Devoralibros
15 de octubre 2022

«Una leyenda pirata, de Willy de Bruss»

Se escuchaban los zumbidos del látigo justo antes del grito ensordecedor de algún remero rezagado al ritmo estipulado por el timonel.

Fue abrir los ojos y encontrarse con una imagen dantesca, personas apelotonadas unas encima de las otras, algunas sin vida y otras pidiendo auxilio con las caras desencajadas.

<<¿Pero qué hago yo aquí?>> se preguntó mientras veía pasar una rata gigantesca por encima de su tobillo, con el acto reflejo que eso conlleva.

A su lado, reposaba una muchacha de rostro bellísimo, de piel oscura como ella, totalmente desnuda, como la gran mayoría.

—Hace poco que nos ha dejado —dijo una flojita voz un poco más alejada de ellas, era más mayor, de unos cincuenta años de edad.

—¿Dónde estamos?

Al preguntar, se giró para poder verla mucho mejor, provocando el ruido de unos grilletes de hierro que la amarraban a la chica que descansaba junto a ella.

—¡Ssssh! —exclamó intentando poner su dedo en los labios para hacerla callar mientras miraba hacia el exterior de la jaula.

Pasaron unos segundos y la puerta que las separaba del exterior se abrió con tanta fuerza que impactó contra otro cuerpo que yacía justo detrás de la misma.

Estaba todo muy oscuro y un candelabro de aceite que alumbraba a trompicones, que se encontraba a una altura considerable, dibujaba el cuerpo de un pirata que espada en mano gruñó.

—¿Quién ha abierto la boca?

Era grande, muy robusto, una cara muy castigada por el sol y el mar, dibujaba un ceño fruncido con una barba larga y mal conservada.

—¡Ella! —dijo la mujer, mientras la señalaba con un temblor de nervios.

El bárbaro entró pisando con fuerza sin mirar, aplastando todo lo que encontraba en su camino. La levantó agarrándola del pelo y, sin que ella se diese cuenta, ya la había separado de la difunta compañera. La llevó arrastrando hacia el exterior. Una vez en cubierta sus ojos sufrieron el impacto de la luz solar, al parecer llevaba varios días en la oscuridad y sus ojos no aguantaron el impacto, así que tuvo que cerrarlos de golpe. El pirata tiró su cuerpo desnudo en medio de todos esos animales descerebrados que solo sabían emitir ruidos intangibles, el suelo de madera estaba impregnado de un olor a pis que le hizo remover el

estómago vacío, provocando una arcada. Volvió a cogerla de los pelos, la apoyó en un mástil cercano, le levantó las manos y las sujetó a una cadena colgante. Sus piernas se zarandeaban con el movimiento del barco.

—¡Te vas a enterar! —volvió a escuchar esa voz rasgada, pegada a su oído izquierdo.

Estaba a expensas del destino, no podía hacer nada.

<<Con lo que yo he sido, y voy a morir así >>, pensó.

Oía gritos al unísono no muy lejos de allí, sus ojos fueron abriéndose, aceptando cada vez más los rayos de luz, en cuanto la vista se fue adaptando, vio a unos hombres empapados en la proa, estirando de una cuerda que daba toda la vuelta a la quilla. De golpe, apareció atado a ella por la aleta de estribor un cuerpo prácticamente destrozado, lleno de arañazos, totalmente ensangrentado. Uno de ellos se le acercó para cerciorarse que aún estuviera con vida. Al comprobar que no era así y que una sonrisa salía de su boca, ordenó que volvieran a tirar, para volver a hacerle desaparecer por la aleta de babor, haciéndole pasar de nuevo por la quilla, saliendo después de unos minutos por estribor prácticamente sin piel, totalmente ensangrentado, y con algunas conchas y algas pegadas a su cuerpo; esta vez no tuvo tanta suerte: lo desataron, lo agarraron entre dos hombres fuertes y como si de un saco se tratara, lo arrojaron al mar sin ningún tipo de pudor.

Estaba muy asombrada, no imaginaba que podía existir ese tipo de tortura. En ese mismo instante escuchó un zarpazo en el aire, notando una quemazón en la espalda,

sintiendo cómo la piel se abría. Se volvió a repetir una y otra vez a una velocidad estrepitosa, pero su sensación era de lentitud, por cada latigazo su cuerpo se iba desmoronando, las rodillas casi tocaban el suelo, los brazos estaban desencajados, y el intenso dolor en la espalda la hacía gritar, provocándole un ardor en la garganta.

—¡Vale ya! —gritó alguien a su espalda.

—Esta esclava ha provocado un alboroto, señor —dijo el animal que estaba disfrutando a costa de su dolor.

Todo el mundo se mantuvo en silencio, como si estuvieran esperando la respuesta de esa voz rauda y dura. Escuchó cómo las botas bajaban por unas escaleras y se fueron acercando hacia ella; no podía verle, su corazón se iba acelerando.

—¿Qué has hecho? —le dijo con una voz suave, mientras levantaba mi barbilla.

Ella ya no podía responder, ni sonreír ni llorar. Lo miró, estaba igual que siempre, y miró al resto de la tripulación que estaban tras él, que lo miraban con admiración.

De repente fueron apareciendo unas nubes oscuras, apagando la intensidad de ese sol que les estaba resecaando la piel, el mar empezó a alborotarse moviendo la embarcación de un lado a otro, y los piratas empezaron a gritar, enviando órdenes a la tripulación para mantener el barco con las máximas condiciones posibles y poder sobrevivir sin ser hundido. Él no dejaba de mirarla, sus ojos iban cogiendo un color rojizo.

Ella ya sabía lo que estaba a punto de pasar.

Un par de grandes olas impactaron sin pedir permiso contra la madera de la cubierta, llevándose por delante a todo ser que allí estuviera menos a él, que seguía allí, de pie, mirándola sin parpadear, con el rostro completamente mojado. La desató de aquellos grilletes de hierro, y ella se dejó caer en sus brazos.

—Por fin te encuentro, ya volvemos a estar juntos. ¿Nos vamos a casa? —le preguntó él.

En aquel momento apareció una nave bajo el agua; fue acercándose a ellos muy poquito a poco y, mientras la tripulación luchaba en contra de la tormenta, la nave aguantaba flotando en el aire, como si con ella no le fuera la cosa.

—Sabía que aparecerías.

—Llevo mucho tiempo buscándote, cariño.

—¿Puedes hacerme un favor? —le preguntó ella.

—Sí, claro.

—No acabes con ellos, me gustaría hacerlo yo.

—Eso está hecho.

Fueron elevándose poco a poco hasta desaparecer en el interior de la nave. La tripulación que aún quedaba con vida iban observando impactados todo lo ocurrido ya que, una

vez dentro, terminó el temporal consiguiendo de nuevo una paz atmosférica como la vivida anteriormente.

A los pocos minutos volvió a salir de la nave un cuerpo, esta vez era ella totalmente cambiada, no parecía que le hubiera ocurrido nada, su rostro era de total tranquilidad, su cuerpo, firme y fuerte, sin ningún rasguño, envuelto con un ropaje que nada tenía que ver con la época: la prenda parecía un mono plateado, ajustado al cuerpo, con unas luces reflejadas por la luz del sol, que hacía que se deslumbrara todo aquel que la mirara.

En la cubierta aún seguían en pie más de la mitad de la tripulación, uno de ellos era el animal que la había estado atizando hacía tan solo unos minutos. Él se frotaba los ojos, no se lo podía creer, la tenía justo delante y mucho más fuerte, no parecía la misma.

Un rayo rojo, salió desprendido de su cuerpo, impactando directamente en la mano que sujetaba el látigo, haciendo que las dos cosas cayeran al suelo junto con un buen chorro de sangre.

—Esto por las esclavas que habéis matado de hambre.

El hombre dio un grito ensordecedor, agarrándose la muñeca con fuerza para que dejara de brotar su sangre, pero notó cómo el hombro del brazo que sujetaba la muñeca se despegaba de su cuerpo.

—De eso nada, vas a tener que soportar el dolor cómo todas nosotras.

El hombre empezó a temblar, le entró un miedo atroz, la veía allí, flotando en el aire, sin cuerdas y sin nada. ¿Quién podía ser?

—Perdóneme, por favor, no sabía que era una diosa — dijo mientras lloraba y se arrodillaba, haciendo que el resto de la tripulación acabaran haciendo lo mismo.

—¿Una diosa? Más quisiera yo.

<<¿Pues si no es una diosa, qué coño es?>> se preguntó el gañán. Y como si le hubiera leído su mente, ella respondió.

—La vida en el futuro va a cambiar muchísimo. Me equivoqué de tiempo y me perdí entre los siglos, pero ahora voy a volver con los míos. Vosotros no vais a poder decir lo mismo.

Sus ojos se volvieron cada vez más rojos, y una ola gigante levantó la embarcación hasta ponerla a su altura; se mantenían en ella con breves zarandeos, todos los piratas temblaban de miedo, algunos se tiraban al mar prefiriendo ser devorados por los tiburones; los que quedaron vieron como todos los esclavos que estaban metidos en sus jaulas se iban dirigiendo hacia la nave, flotando sin nada que los sujetara. En cuanto estuvieron todos en el interior, la embarcación fue rompiéndose poco a poco, la madera iba saliendo disparada impactando contra los cuerpos que anteriormente estaban sacrificando a ese pobre hombre que hicieron pasar por la quilla.

El bravo pirata, que ya no parecía tan bravo, seguía arrodillado con la cabeza baja.

—Podría hacer contigo lo que quisiera ahora mismo, pero te voy a dejar con vida y le vas a decir a todo el mundo que me habéis conocido, y que vais a terminar con la esclavitud, porque si no lo hacéis volveré, y será aún mucho peor. ¿Lo has entendido?

Se quedó callado, le temblaban hasta los labios, no se podía creer que después de agarrarla del pelo, sin ropa y de todos los latigazos que le había propiciado, le fuese a dejar con vida. Pero al levantar la cabeza para asentir, una luz roja atravesó su cerebro dejándolo con los ojos abiertos y sin vida, haciendo que su fuerte cuerpo impactara contra el suelo.

—¿Pero qué haces?

—Este no se merecía vivir.

—Eso lo podía decidir yo, ¿no?

—El mensaje lo puede enviar cualquiera del resto de la tripulación.

Él estaba detrás, con la misma vestimenta, flotando como ella con una pose de firmeza.

—¡Tú! —señaló a un muchacho joven que estaba apoyado a la amura de estribor, justo en la proa.

—¡Sí, mi capitán! —gritó.

—Ya no soy tu capitán. ¿Has oído el mensaje que ha dado mi mujer?

—¡Sí, señor! —volvió a gritar.

—Entonces ya sabéis lo que tenéis que hacer —dijo ella mientras se giraba y volvía al interior de la nave junto a su marido.

Una vez dentro, la nave empezó a combinar colores, unos colores muy intensos, esa mezcla hizo que la nave fuera desapareciendo poco a poco hasta quedar tan solo la luz azulada del cielo.

El agua volvió a su calma, haciendo que lo que quedaba del barco flotara sin ningún problema con algunos de sus supervivientes dando gracias a dios por haber sobrevivido.

Durante los años venideros, esta historia fue pasando de boca en boca hasta llegar a la actualidad, siendo considerada una leyenda pirata que ayudó a abolir la esclavitud en los años posteriores.

Muchos años después.

—¿Y tuviste que volver, abuela?

—No, cariño, no fue necesario.

—Que lástima que ya no esté el abuelo.

Los ojos arrugados por la edad empezaron a humedecerse, sacudiendo de nuevo su alma por la pérdida de la persona que más amaba.

—Venga, cariño, vamos a dormir, que es muy tarde.

—Vale, abuela.

El niño levantó la cabeza para darle un beso, luego se metió dentro de una cápsula, y esta se cerró quedando totalmente a oscuras.

Una vez el niño quedó aislado, ella se dirigió hacia un ventanal gigantesco, el cielo estaba todo oscuro sin luna, sin estrellas; en la parte baja se veía un lugar de convivencia, un lugar donde la gente que vivía era totalmente civilizada, respetuosa, sin ningún tipo de conflictos, donde la gente moría por muerte natural, aunque ella sabía que eso no podía durar mucho tiempo.

En el siglo XXXI también existen los piratas.

La pirata del Averno, de Sandra Galán

Una tormenta amenazaba en el horizonte.

Julián, el miembro más viejo de la tripulación, subió apresuradamente al palo mayor, sacó su catalejo y observó a través de él lo que se les venía encima; acto seguido bajó a toda prisa gritando como un loco.

—Arriad todas las velas y dejad el timón a la vía.

Me encontraba en mi camarote cuando escuché la orden, salí a toda prisa de él buscando a padre, el capitán Shark Marrajo, mote por el cual lo llamaba toda la tripulación en honor al tiburón marrajo, el animal acuático más rápido del mundo, ya que hacía que el navío navegara a una velocidad de vértigo. El capitán Shark era el mejor capitán pirata y padre que podría existir, y yo navegaba a su lado desde que sufrimos la peor de las desgracias. El mayor enemigo de padre, el pirata más temido de todos los mares, vivía obsesionado con madre; la secuestró y, sin saber por qué, ella accedió de buena gana a ser su esposa. Nos quedamos destrozados ante la noticia.

Padre no desistió en su empeño de averiguar qué le había pasado a madre, pero por más que preguntaba a todo pirata que se encontraba, nadie sabía darle una respuesta, hasta que un día, al atracar en un pequeño pueblo al sur de España, en una taberna una anciana se acercó a la tripulación. Como estaba al tanto de su desesperación por

conocer el misterio que se escondía detrás del nuevo matrimonio de madre, la anciana se le acercó desvelándole una terrible noticia: John Dark -el enemigo de padre- le había robado a la mismísima muerte una esfera mágica en la cual se podía ver el futuro de todo ser vivo, pudiendo cambiarlo al antojo de su dueño, y Jonh cambió el futuro de madre, haciendo que se olvidara de su familia para conseguir que se enamorara de él.

Desde entonces nuestro único objetivo era encontrar a Jonh Dark y su maldita esfera mágica para darle la peor de las muertes y recuperar a madre.

El grito de uno de los miembros de la tripulación me sacó de mis pensamientos.

—¡Todos a cubierto! —gritó con todas sus fuerzas, mientras corría hacia la puerta que llevaba a los camarotes.

Del centro de una enorme ola emergió un buque pirata completamente negro con las velas del mismo color y una bandera roja con una calavera ondeando al viento.

La tripulación corría desesperada al reconocer al barco más temido de los siete mares, el Dark Shadow, el buque del capitán Jonh Dark.

Busqué a padre con la mirada, pues no se encontraba muy lejos de mí, y corrí hacia él. Una explosión hizo que cayera de espaldas, ¡nos estaban atacando! Me levanté algo mareada, padre ya no se encontraba en mi campo de visión, la tripulación del Dark Shadow estaba subiendo a bordo con sus espadas y hachas de abordaje en mano, y

me escondí detrás de unos bidones contemplando la sanguinaria batalla que se estaba librando.

El horrible capitán de aquel siniestro navío hizo su aparición, sus ropas oscuras y su tez morena lo hacían parecer una enorme sombra oscura, de ahí el nombre de su navío; corrió veloz hacia su objetivo, mi padre, y lo agarró fuertemente de un brazo arrastrándolo hasta la mitad de la proa.

—He oído que me estabas buscando —le dijo con una voz áspera.

Padre permaneció callado, desde mi posición podía ver cómo las palabras se le atascaban en la garganta.

—¿No tienes nada que decirme, Shark? —rio mientras le propinaba un puñetazo.

Su rostro cambió, la rabia se había apoderado de él.

—Devuélveme a mi esposa, miserable —le gritó escupiéndole.

—Ella no quiere saber nada de ti, olvídale o tendrás problemas —lo desafió.

—Nunca te librarás de mí, no pararé hasta acabar contigo —rugió padre.

John lo miró con una expresión que me heló la sangre.

—Shark, Shark, ya lo creo que me voy a librar de ti.

John Dark desenfundó su espada y atravesó su pecho con ella.

—¡No! —grité con todas mis fuerzas, mientras corría hacia padre.

Me agaché a su lado, quitándome de encima las miles de manos que intentaban cogermme; su mirada estaba vacía, lo abracé con todas mis fuerzas, sabía que esa sería la última vez que lo vería. Dos hombres de la tripulación de Jonh me levantaron sujetándome por los brazos, yo solo podía mirar el cadáver de padre en el suelo y mis manos y ropas manchadas con su sangre.

No me permití llorar, no les daría ese gusto, me habían arrebatado a la persona que más quería, pero no me arrebatarían mi alma. Aquel capitán oscuro se acercó hacia mí mirándome como un animal observando a su presa antes de darle caza.

—A quién tenemos aquí, si es la pequeña Gala, aunque veo que ya eres toda una mujer —dijo mientras se relamía—. Debo admitir que tu belleza supera a la de tu madre, quizás cambie de esposa. —Su risa y su aliento al acercarse a mí me estremecieron—. Cogedla y subidla al Dark Shadow —ordenó a sus secuaces.

Me torturaron durante días, mi espalda quedó marcada por los latigazos que recibía a diario, apenas me daban comida y bebida, lo mínimo para que no muriera y pudieran seguir atormentándome; si hubiera podido yo misma me habría quitado la vida, pero me tenían atada a una viga de

madera y estaba demasiado débil como para intentar escapar o terminar con mi sufrimiento.

Una noche la puerta de la bodega donde me tenían retenida se abrió, temblé solo de pensar lo que me esperaba, pero la persona que se acercaba a mí no era ninguno de mis captores, sino mi madre.

Desató mis manos y me dio algo de comer -era una especie de guiso-, comí con ansia, le pedí agua y bebí hasta quedar saciada, mi madre se acercó a mí y me abrazó, en ese instante me permití llorar por la muerte de padre y de la tripulación, y por haber estado tanto tiempo separada de madre.

—Lo siento mucho, hija —dijo dulcemente—. No tengo mucho tiempo, ten —me dio un pequeño cofre antiguo—. Aquí dentro está la esfera con la cual John hizo que me olvidara de vosotros, hace unos meses la encontré y pude recuperar mis recuerdos, hija mía. Llévate la muy lejos, esta noche la tripulación va a dar una fiesta, caerán todos ebrios a las pocas horas, es tu oportunidad para huir.

—Madre, no tienes nada que sentir, ese hombre te arrebató de nosotros con magia oscura, ayúdame a terminar con él y vayámonos juntas de aquí —asintió.

—Cuando John y la tripulación no se tengan en pie, vendré a buscarte —madre me besó en la frente y se marchó.

Me quede dormida varias horas, me despertaron los gritos y risas de los piratas, que habían comenzado su

fiestecita. La impaciencia me consumía, solo deseaba que todos esos indeseables murieran.

Tres horas después el silencio se apoderó del navío y la puerta de la bodega se abrió de nuevo. Madre me hizo un gesto para que saliera y me dio un puñal; fuera me encontré algo que no esperaba: el suelo de la cubierta estaba completamente rojo, había cadáveres por todas partes.

Madre había matado a toda la tripulación.

—John está en su camarote, sabía que querrías terminar con él tú misma.

Asentí mientras me dirigía al camarote del terrible y sanguinario capitán Jonh Dark. Se encontraba tumbado en su catre, un hilo resbaladizo caía por la comisura de su boca cayendo en un charco de vómito que había en el suelo. Lo até a la cama y lo desperté propinándole una bofetada. Al abrir los ojos intentó atacarme, pero lo había inmovilizado a conciencia; luchó por escapar de sus ataduras y cuando comprendió que no tenía escapatoria, intentó hablarme, pero no se lo permití y le corté la comisura de sus labios, haciéndole gritar de dolor.

Eso fue solo el principio.

Durante horas lo torturé al igual que él y sus hombres hicieron conmigo, con cada cuchillada, cada órgano que le extraía, solo pensaba en todo lo que me había arrebatado, a mi familia, mi alma y mi inocencia.

Madre y yo arrastramos los cuerpos de todos aquellos piratas, tirándolos por la borda.

Han pasado varios años desde que todo esto sucedió, ahora somos las capitanas del Dark Shadow, surcamos los mares en busca de piratas sanguinarios capaces de arruinar vidas como nos hicieron a nosotras, tengo en mi poder la esfera mágica que predice el futuro y lo puede cambiar, la escondí en mi camarote dentro de una botella decorada con motivos marinos a la vista de todo el mundo, sé que así no llamará la atención de mi nueva tripulación, pues todo el mundo busca los tesoros en lugares ocultos.

Estuve en el infierno y logré salir de él, sin embargo, una parte de mí se quedó en aquella bodega. Por eso todo pirata que no respete la ley del mar deberá temer a Gala, la pirata del Averno.

«Piratas en el aire, de Saray Gallardo»

Andre_A

Si estás leyendo esto, ¡Hola! Mi nombre es Andrea.

Siempre había renegado de las redes sociales y aquí me tienes, con una cuenta abierta en Instagram.

No, no pretendo hacerme *influencer*, es simplemente que estoy aburridísima

y necesito distracción. En estos momentos sobrevuelo el atlántico, dirección Washington DC, voy a hacer una locura y no quiero pensar en ello.

Me hago una foto en plan *celebrity*: perfil bueno, mirada divertida y hasta saco algo los morros. «Andreíta, estás fatal. Menos mal que vuelas en *bussines* (sí, la tarjeta de papá da para mucho) y no tienes compañero en la fila, sino menudo espectáculo», pienso mientras siento un pellizco de vergüenza por mí misma. Cuando la doy por buena, la subo a la aplicación y le doy a publicar. Vaya, esto es mucho más sencillo de lo que parecía. Aunque, ¿ahora qué? ¿Espero a que alguien me conteste? Entonces me van a dar las uvas, ¿quién va a seguirme y a comentar la publicación? «Tendrías que haber buscado otra distracción», me reprendo.

Bloqueo el terminal, suspiro y miro el paisaje —agua y más agua— por la ventanilla. No me apetece ponerme ninguna película, solo quiero llegar a destino y saber qué va a pasar. Porque esto puede salir muy bien o muy mal. Y con mal me refiero a que puede ser el peor error de mi vida. «No

pienses, no pienses, no pienses», me repito como un mantra.

Compré ayer mismo el billete de avión. Estaba en la cafetería de la universidad, celebrando con Sergio que me habían aceptado la beca para estudiar el máster en biología marina en Australia. Eran las cuatro de la tarde y cuando ya llevábamos casi dos horas chocando botellines de Estrella Damm me preguntó:

—¿Cuándo se lo vas a decir a Leo? —me soltó así, como el que no quiere la cosa, como si me hablara del tiempo cuando sabía a la perfección que estaba tocando un tema profundo.

Leo, mi otro mejor amigo. El que nunca me ha fallado y al que echo de menos más de lo que quiero reconocer. Sergio lo tuvo muy claro, porque llevo desde que se marchó a Estados Unidos a estudiar su doctorado, llorando por las esquinas. De hecho, fue él el que me hizo ver que no era solo un amigo al que añoraba. Era mi amor.

En un principio no lo quise reconocer, ni en voz alta ni a mí misma, sin embargo, la aseveración de Sergio me robó muchas horas de sueño hasta que, tras recibir uno de los mensajes diarios de Leo y notar las palpitaciones erráticas de mi pulso, me lo confesé: estoy enamorada del que hasta hace poco era mi vecino y mejor amigo.

—Bueno, el hecho de que me vaya a Australia no va a cambiar demasiado las cosas, ¿no crees? Ya se lo diré —respondí con la sonrisa que se tiene cuando vas un tanto achispada.

—¿Por qué no le confiesas lo que sientes? —insistió una vez más.

—¿Porque vamos a estar en la otra punta del mundo durante más de un año? —dije con sorna sin querer darle importancia—. Además, ¿de qué serviría? Estoy convencida de que él no siente lo mismo. Justo mañana se va a Nueva Orleans, con compañeros de doctorado, entre ellos, la tal Lisa de la que no para de hablar, ¿te acuerdas?

—Y si está con ella, ¿qué? ¿A caso tú le has guardado «fidelidad»? Puede hacer lo que quiera con su vida. Si no se lo dices, no vas a saber nunca si eres o no correspondida y vas a encontrar pegas a todo aquel que se te acerque. Siempre estarás pendiente de Leo. No dejas que nadie llegue a ti porque quieres estar disponible para él, aunque no sea conocedor de ello. Sin embargo, un día, te llamará y te dirá: «Eh, Andrea, que me caso». Y te romperá el corazón sin él saberlo. Si no te sinceras siempre tendrás un «y si...». ¿Quieres vivir así?

—Claro que no, pero ¿qué quieres que haga? Esto no es algo que le pueda decir con una videollamada. ¿Me presento allí para decírselo?

—Mira, no es mala idea...

—¡Qué dices, loco! —Sergio me miró con los ojos como platos y elevando las cejas. Su propuesta iba en serio—. ¿Qué? ¡No! —exclamé escandalizada.

—¿Por qué no?

—Pues porque... porque... —Y ahí estaba el problema con la desinhibición del alcohol. En ese momento no encontré ningún porque con suficiente peso para decirle que no era buena idea. Así que realmente pensé: «¿por qué no?». Lo siguiente fue entrar en Skyscanner y buscar billetes de avión.

Leo vuela de Boston a Nueva Orleans con una escala en Washington. Mi intención es sorprenderlo en el aeropuerto durante esa escala. Le voy a decir que estoy enamorada de él, de perdidos al río.

Arriesgado, ¿no? Mucho.

Ahora mismo me maldigo a mí misma y mucho más a Sergio, por meterme esta idea loca en la cabeza. Aunque mira, me voy a Australia dentro de cuatro días y, si me rechaza, no lo veré durante meses porque cuando visite a sus padres yo no voy a estar. Esta es la mejor oportunidad que tengo, si no sale bien, estaré muy lejos para poder lamerme las heridas a gusto. No tengo ni idea de cómo se lo voy a decir, me dejaré llevar en el momento.

Una vibración me saca de mis cavilaciones. Uy, alguien ha contestado a mi publicación.

M2:

Bienvenida a las redes sociales. Hacer locuras a veces sale bien.

¿Cuál es el alcance de lo que vas a hacer?

Pincho sobre el nombre de la persona que me ha escrito. Su foto de perfil es un paisaje y los posts que tiene colgados igual. No tiene nada más en la bio que una simple frase: “Si

esperas el momento oportuno, era ese". Uy, ¡que esto me suena! Esto es lo que dice Jack Sparrow en *Piratas del Caribe*. Y no es que me sepa la peli de memoria, lo sé por la canción *Quiero ser como tú*, de David Rees que cantamos a pleno pulmón con Sergio este último verano. Y eso me hace pensar que M2 va a ser él, va a ser Sergio que ha estado pendiente de si me abría la cuenta o no. Veo que la suya es pública, con lo que puedo mandarle un mensaje directo.

Andre_A

¡Oye! Esto no se vale. ¡Te has creado una cuenta para despistarme!
Ay, que estoy de los nervios... Esto es una locura...

M2:

Jajajajaja, si te escribía desde mi perfil no tenía gracia.
Respira, todo saldrá bien. Por fin te atreves a hacer algo con tu vida que no sea verla pasar.

Andre_A

Yo no he dejado pasar mi vida. Ni que tuviera ochenta años y ya no pudiera hacer nada. Tan solo he tardado un poco en darme cuenta de mis sentimientos.

M2

Venga, ahora que no me tienes delante, cuéntame,
¿qué sentimientos son esos?

Andre_A

¡Venga, Sergio! Ya lo sabes.

M2

No, no lo sé.

Andre_A

Mira que te gusta la salsa rosa, eh... Tendrían que ficharte en un programa de corazón.

M2

Practica para que luego te salga bien.

Andre_A

Le diré algo así como:
Hola, Leo, creo que te quiero.

M2

¿Creo? Y querer... ¿en qué sentido?

Andre_A

¡Me estás apretando mucho!

M2

Quiero que tengas las cosas claras.

Andrea_A

Por favor... que estoy en pleno vuelo
cruzando el charco para ir a verlo.
¿Esto no es tenerlo claro?

M2

Puede ser un arrebató.

Andre_A

Claro, ¿un arrebató que me hace cruzar medio mundo?

Venga ya...

M2

Sé que puedes hacerlo mejor.

Andre_A

Sergio...

M2

Andrea...

Andre_A

Ufff... eres lo peor

M2

Pero me quieres.

Andre_A

A veces me pregunto por qué.

M2

Aún estoy esperando.

¡Hijo del mal! Así no se puede... Sergio ha sido un gran apoyo mientras no ha estado Leo. Nos conocemos desde el instituto y es un pilar fundamental en mi vida. Leo es mayor que nosotros, sin embargo nunca ha tenido problemas con él. Cuando tuvimos la edad suficiente para salir con él de fiesta, nos acogió en su grupo como si fuéramos uno más

de ellos, aunque nos lleváramos cinco años. Por eso Sergio lo conoce tan bien como a mí y por eso sabe que llevo enamorada de él desde adolescente, aunque yo siempre he querido verlo como un amor fraternal.

Andre_A

Vaaaale, a ver qué te parece esto:
Hola, Leo. No, no es una visión, soy yo, de carne y hueso. He venido a propósito porque sabía que estarías aquí, sabía que hacías escala en este aeropuerto. Me voy a Australia y antes de alejarme más de ti, necesito decirte que eres mi persona, eres en quien primero pienso cuando me levanto y en el último que pienso antes de dormirme. Quizá llegue muy tarde, pero... estoy enamorada de ti. Lo estoy desde que, con trece años, llamaste a mi puerta para decirme: «Eh, pequeñaja, hoy he empezado la uni». Te vi tan mayor, tan guapo, con tu bronceado de playa y esas greñas castañas aclaradas por el sol... Te quiero, te quiero desde ese día y no como a un hermano. Te quiero como una mujer puede amar a un hombre.

Me quedo mirando la pantalla del teléfono. Sergio parece que no recibe mi mensaje porque no contesta y siendo como es de efusivo, debería estar escuchando sus gritos de loca desde aquí.

—Señores pasajeros, por motivos de seguridad, vamos a desconectar el wifi del avión, vamos a pasar por una zona de turbulencias —nos informa el capitán por la megafonía del avión.

Vaya, pues sí que me ha durado poco la distracción. Si lo sé me ahorro la cuenta de Instagram.

Veo cómo el símbolo de la red desaparece, nos hemos quedado sin cobertura. Me acomodo en el asiento, aprovecharé para intentar dormir, aunque sé de sobra que no lo voy a conseguir.

Pasan diez minutos cuando el teléfono vibra. ¿Ya hemos pasado las turbulencias? No he notado ni un solo salto, qué raro.

M2

Esto ya sí que parece no ser un arrebato.

Miro de nuevo los símbolos en la parte superior de la pantalla. No hay ni rastro de wifi. ¿Cómo me ha entrado este mensaje?

Andre_A

Lo estoy flipando, el capitán nos acaba de decir que han desactivado el wifi porque vamos a pasar una zona de turbulencias, y ¡me siguen llegando tus mensajes!

M2

No tienes ni idea de lo fácil que es para un pirata informático colarse en las redes de un avión.

¡¿CÓMO?! ¡¿Qué broma es esta?! ¿Qué quiere decir “un pirata informático”? ¡¿Con quién estoy hablando?! ¿No es Sergio? Empiezo a temblar, esto me da muy mal rollo. No

me atrevo a contestar. Dios, ¿a quién le he contado mi vida y cómo se ha metido en mi teléfono?

M2

¿Estás ahí? No quiero asustarte.

Joder, llegas tarde... ¿Qué hago? Lo único que se me pasa por la cabeza es apagar el móvil. Respiro cuando la pantalla se funde a negro.

Ufff, si ya me lo decía mi padre, que las redes sociales solo traen problemas, ¿por qué habré hecho caso a Sergio? Me va a oír cuando pueda hablar con él.

A los cinco minutos, la pantalla del teléfono se ilumina. Doy un grito y lo tiro al suelo como si quemara. Subo las piernas al asiento, encogiéndolas hacía el pecho, me agarro de los reposabrazos y miro al aparato con los ojos abiertos como platos, totalmente horrorizada, o asustada o... ya no sé ni cómo me siento.

La azafata, que pasa en este momento por mi lado, se para en seco.

—¿Va todo bien? —pregunta al oír mi chillido y ver cómo he tirado el móvil al suelo como si fuera un bicho.

—Eh... Sí, sí... todo bien —titubeo sin saber dónde mirar. Esto se está convirtiendo en una pesadilla.

—¿Seguro? ¿Necesita algo? —insiste. Hago de tripas corazón, vuelvo a sentarme correctamente y la miro, no sin esfuerzo, con una sonrisa impostada en la cara.

—No, gracias. Miraba un vídeo y me he asustado, qué tonta soy —me excuso aún con la voz trémula y recolocando mechones sueltos imaginarios de mi coleta.

La azafata da por buena mi explicación y desaparece de mi vista. Tengo miedo de recoger el teléfono. Estoy segura de que ese M2 lo ha vuelto a conectar, no sé cómo, pero lo ha hecho.

Vuelve a llegarme un mensaje y no puedo reprimir la acción mecánica de mis manos, que recogen el teléfono del suelo y hacen oídos sordos a mi cerebro que grita desesperado que lo deje donde está.

M2

Es inútil que lo apagues, solo podrás deshacerte de mí si lo tiras por la ventana y creo que, estando en un avión, eso no te será fácil.

¡Ay, mamá! ¡¿Qué hago?! «Venga, Andrea, échale ovarios, desde la distancia no te puede hacer nada».

Andre_A

Quién eres y qué quieres.

M2

No me temas, no soy malo.

Andre_A

Te has metido en mi teléfono, en mi vida.

¿Qué quieres de mí?

M2

Eras tú la que querías distracción. Es lo que te estoy dando.

Andre_A

Esto no es una distracción, esto es acoso y es un delito.

M2

Puede, sin embargo un hacker siempre está fuera de la ley.

Andre_A

Sal-de-mi-móvil

M2

¿De verdad quieres que desaparezca?

Puedo contactar contigo cuando quiera y donde quiera.

Andre_A

Cuando aterrice, ten por seguro que voy a denunciarte.

M2

Cuando aterrices ya veremos lo que haces.

Adiós, Andrea.

El chat desaparece, la cuenta M2 también. ¿Qué narices acaba de pasar? Dejo el teléfono a mi lado. Me aprieto las manos, aún me tiemblan y el estómago me duele del miedo que he pasado. Me estoy agobiando, quiero salir de aquí, quiero pisar tierra. Me obligo a inspirar profundo y dejar ir el aire despacio. Tengo que tranquilizarme si no quiero tener un ataque de pánico en pleno vuelo.

Por suerte, el piloto informa de que estamos llegando. Me quedo tan en shock con lo que ha pasado que no he notado ni una sola de las turbulencias que el capitán anunció. El terror me ha paralizado, no veo la hora de abandonar el avión.

Cuando aterrizamos, saco la mochila con la poca ropa que he cogido y soy de las primeras en desembarcar. Voy a paso ligero por el *finger*, hasta pisar el suelo firme de la terminal. Es entonces cuando puedo respirar. Me paro, me apoyo en la primera pared que encuentro y me dejo resbalar hacia el suelo. Entierro la cabeza entre las piernas y no puedo evitar llorar. Nunca había pasado tanto miedo. Nunca había pensado que algo así me pudiera pasar.

—Andrea.

Esa voz... levanto la cabeza y ahí está, frente a mí. La persona por la que he hecho esta locura, la persona con la que me quería encontrar.

Me cuelgo de su cuello, sin saber aún como me he levantado. Hago que pierda el equilibrio y que tenga que hacer malabares para no caer hacia atrás.

—Pequeña, ¡qué efusividad!

—Leo... Leo, joder, qué miedo...

—¿Miedo? —pregunta sobre mi pelo. Noto la vibración de su risa, que hace que me calme.

Debe de pensar que estoy loca.

—Si supieras lo que me ha pasado en el avión... — empiezo a contarle mientras me separo de él para mirarlo por primera vez a los ojos. Leo eleva las cejas, me mira divertido, con una sonrisa amplia, esperando mi explicación. Pero, un momento... —: ¿Cómo es que estás aquí? — pregunto incrédula.

—Eso lo tendría que preguntar yo, ¿no? —suelta irónico.

—Sí, pero, cómo sabías... Has hablado con Sergio. Es eso, ¿no?

—No, no he hablado con él —responde muy serio—. ¿Qué haces aquí, Andrea?

Y ahora, todo este lío en el que me he metido para declararme, me parece lo de menos. Porque alguien se ha colado en mi teléfono, ha chateado conmigo haciéndose pasar por Sergio —o yo lo he creído así—, y es como si, literalmente, hubieran abusado de mí.

Me quedo mirándolo, está más guapo que nunca. Mi corazón bombea con fuerza. Leo aún no me ha soltado y sigo entre sus brazos. Noto cómo sus dedos me acarician lentamente los bíceps. No voy a ser capaz... no voy a soportar una negativa.

—Dime, Andrea, dímelo a la cara —casi susurra.

Dejo de respirar. ¿Dímelo a la cara? A caso sabe que...

—¿Decirte? —inquiero con miedo—. ¿Por qué crees que tengo que decirte algo? —Leo se muerde el labio inferior,

siseando. Parece como si estuviera controlándose, como si hiciera un esfuerzo enorme por no saltarme a la yugular.

—Has cogido un vuelo a Washington, ¿para? —Imprime algo de fuerza en la pregunta, cómo empujándome o alentándome a que hable.

—Vale, no me mientas más. Has hablado con Sergio —afirmo con rotundidad—. De ser así, ya sabes para qué he venido, ¿no? —y lo digo algo iracunda, no me gusta que me manipulen.

—Vuelvo a repetirte que no he hablado con Sergio. Bueno, no es cierto. Sí que lo he hecho. Pero solo porque estaba preocupado por ti y no quería que, por cualquier cosa, no te encontraras conmigo y estuvieras aquí sola. —Hago el amago de protestar, cabreada cuando Leo levanta una mano para que lo deje seguir hablando—. Peeero, él no me ha dicho a lo que venías.

¿Será cierto? Entrecierro los ojos, estudiando su expresión. Parece decir la verdad, sin embargo, hay algo que no sé descifrar que me hace dudar mucho.

—¿Podemos ir a algún sitio donde pueda explicarte por lo que acabo de pasar en este vuelo? Necesito una infusión, una tila, manzanilla o lo que sea que me relaje.

—¿No te sirvo yo? —¡La leche! ¿Qué le pasa? Se porta de un modo un tanto extraño. Nunca se había acercado a mí de esta forma ni me había hablado con este tono tan... ¿seductor?

—Emmm, es que, ¿sabes? En el avión...

—En el avión alguien ha entrado en tu móvil —me corta. Me quedo boquiabierta, noto cómo un hormigueo me recorre el cuerpo, no sé si es la sangre que lo abandona o los nervios que me atenazan de nuevo. ¿Cómo lo sabe? No puede ser...

—¿Cómo sabes que...?

—Dímelo, dímelo mirándome a los ojos. —La intensidad de su mirada, su voz grave, dos tonos por debajo de lo que acostumbra, sus manos que aferran mi cintura y me atraen hacia él... Lo noto todo con demasiada intensidad, hasta su aroma, que me invade y no puedo evitar cerrar los ojos.

«Andrea, era él... OMG, ¡era él!».

—¿Tú? —consigo verbalizar en un murmullo.

—Andry, ¿cómo es posible que te sorprenda? ¿Tan poco me conoces? Soy informático. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí? Sé que no te he dicho nunca nada directamente, pero ¿acaso no entendías lo que te decía en clave?

Y ahora todas nuestras conversaciones pasan por mi mente como si fueran una película a cámara rápida. Sus comentarios sobre sus prácticas, lo interesada que estaba en él una empresa muy importante, lo que me contaba sobre lo que había descubierto de alguien influyente y que podía hacerlo caer, lo contento que estaba por algo que aún no me podía contar... Y tonta de mí, no lo escuchaba, solo

estaba atenta a su cara, a sus gestos, a esa boca que me tiene hipnotizada... ¡Leo es un pirata informático y me acabo de dar cuenta!

—¡Tú eres M2! —no pregunto, confirmo.

—Sí, M2, “*me too*”. —¿*Me too*? No tengo la cabeza para más acertijos, me va a explotar de un momento a otro—. Y ahora, ¿me lo dices de una vez?

—Yo... —sus ojos buscan los míos, se inundan de emoción. Ha de morderse los labios conteniendo ese aliento que no quiere dejar ir—. Te quiero.

Y es solo al pronunciarlo cuando caigo: *me too*, yo también. Me tapo la boca con las manos y no puedo evitar que se me agüen los ojos. Son lágrimas de felicidad, de sorpresa y excitación.

—Yo también, pequeña. Llevo toda la vida esperando que des el paso de decírmelo. Llevo años esperando este momento. Cuando Sergio me dijo que venías porque tenías algo importante que decirme, lo supe. Lo presentí.

—¿Y en el avión?

—Otra vez Sergio. Me dijo que seguramente entrarías en Instagram. Solo he tenido que esperar. Ser paciente se me da bien.

—Leo, no sé qué decir. ¿Por qué no me contaste nada antes?

—Porque tenías que vivir. No podía robarte experiencias, por mucho que me doliera. Tenías que ser tú la que vinieras a mí. —Las lágrimas caen descontroladas por mis mejillas —. ¿Puedo besarte ya? —me pide a dos milímetros de los labios.

—Llegas tarde once años.

Y así, nuestras almas se encuentran. Un pirata y una aventurera que se estaban esperando en silencio, dando tiempo al tiempo para que llegara el momento de poder estar juntos. Dos corazones destinados a quererse, a latir al unísono, a sincronizar sentimientos. Dos corazones destinados a devorarse.

❧ *El diario pirata, de Siena López* ❧

El viento mecía suavemente las olas mientras el navío la Rosa Negra se acercaba a la ciudad de Port Royal. El barco era un antiguo buque de guerra donde ahora ondeaba la bandera pirata de la calavera y dos rosas cruzando por detrás. El capitán Drake miraba hacia el puerto, ansioso por encontrar el tesoro que llevaba varios años buscando. Sam Drake era el pirata más mentiroso, avisado y escurridizo que se podía encontrar en el Nuevo Mundo. Gozaba de buena salud y fortaleza física, su piel aceituna y sus ojos negros eran un reclamo para las damas.

Unos datos recientes le habían conducido a Port Royal, donde vivía Henry Roberts y su familia. Había rumores de que Henry era descendiente de piratas, pero después de conseguir un perdón real, vivía como alguien de la alta sociedad inglesa. Según la información que poseía Drake, Henry tenía el diario del famoso pirata John Kidd. Un diario donde guardaba los mapas de sus tesoros, valorados en millones de monedas de oro y joyas.

La Rosa Negra atracó en el puerto poco antes del mediodía, y el capitán y su tripulación se prepararon para desembarcar. Drake y algunos de sus compañeros entraron en el bar del puerto a comer algo. Preguntó al mesero si conocía a la familia Roberts y, por suerte, le indicó exactamente dónde encontrarlos. El capitán acabó de comer

su plato de pollo con patatas y se dirigió a la calle que le habían indicado.

La calle tenía casas de estilo inglés de dos plantas, pintadas de color blanco y ventanas adornadas con flores. Sam se apoyó disimuladamente en una esquina y observó a los caminantes que subían y bajaban la calle. Su hombre de confianza paseaba del otro lado de la calle buscando el hogar de los Roberts. Después de unos minutos lo encontró e informó a su capitán. Había que vigilar aquella residencia, necesitaba saber cuántas personas vivían y trabajaban en ella para trazar su plan.

Drake volvió al barco y se sentó en el sillón de su camarote. Tenía que pensar en cómo meterse dentro del domicilio sin armar demasiado alboroto y sin llamar a atención de los guardias. Al anochecer, su tripulación le informó de los movimientos que había tenido la vivienda. Henry y su hija salieron a dar un paseo por la tarde, volvieron a la hora de cenar y después vieron salir a una pareja de sirvientes. El señor de la casa había salido a tomar unas copas y actualmente estaba en un bar del centro de la ciudad en compañía de algunos amigos.

Se podía deducir que la vivienda estaba vacía a excepción de Margaret, la hija de Henry. Era la oportunidad perfecta para entrar. Ordenó a sus piratas que se aseguraran de que Henry no volviera antes de lo debido y se apresuró a volver al callejón. Después de observar que no había rastro de luz dentro de la casa, forzó la puerta rápidamente como el buen ladrón que era, y se introdujo en su interior. Se quedó un momento esperando en el recibidor

por si detectaba algún sonido, seguramente la señorita Roberts ya estaba dormida. Siguió avanzando por el pasillo, dejó atrás la cocina y entró al salón. Quizás el diario estuviera entre los libros colocados en las estanterías junto a la chimenea. No era un buen escondite, pero había personas que ocultaban sus tesoros a simple vista.

Drake subió con cuidado la escalera, pendiente de no hacer ruido, con su pistola en la mano y preparado para usarla en cualquier momento. En el piso de arriba se oía el suave ronquido de una mujer. El pirata se acercó a la habitación donde una chica dormía plácidamente en su cama. Se acercó a ella apuntándole con el arma para asegurarse de que dormía. La chica siguió soñando profundamente mientras su respiración resonaba por el dormitorio. Tenía una cara pequeña enmarcada por un abanico de rizos castaños. Su nariz afilada y respingona hacía juego con unos pómulos marcados y unos labios finos. Drake pensó que sería una lástima tener que matar a una muchacha tan bella. La verdad, era extraño que Margaret no tuviera esposo aún. La dejó en su habitación y fue hacia la del señor Roberts.

Drake buscó como loco el diario por el despacho y por la habitación de Henry. No encontró nada digno de robar. De repente notó una tenue luz detrás de él y se giró para comprobar que Margaret le amenazaba con una daga en el cuello. El capitán la observó detenidamente, esa chica le había impresionado. Margaret llevaba un camisón azul claro con encajes blancos, estaba descalza y en la otra mano sostenía una pequeña lámpara de aceite.

—¿Quién sois vos y que hacéis en mi casa? —preguntó Margaret.

—Capitán Samuel Drake, para servirte. —Intentó hacer una reverencia, pero la daga en su cuello no lo permitió—. No te preocupes, muchacha, no voy a hacerte daño. —Continuó levantando las manos en señal de rendición—. Solo vengo a por algo que me pertenece y cuando lo encuentre me marcharé sin hacer ruido. A no ser que quieras que me quedé un rato. —Añadió sonriendo seductoramente, y notó que su gesto puso a Margaret nerviosa.

—Aquí no hay nada que os pertenezca, señor —respondió tajante y dejando claro que ella tenía la daga—. Idos ahora mismo u os clavaré la daga en el pescuezo.

En un movimiento estudiado y premeditado, Drake apartó con una mano la daga de su garganta y retorció el brazo de la chica haciendo que soltara el arma. El sacó su pistola y le apuntó en el pecho, haciéndola retroceder hasta el armario de la habitación.

—¿Qué buscáis exactamente? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Un libro. Un diario para ser exactos, uno que perteneció a un famoso pirata y, según me han informado, tiene tu padre.

—Por favor, marchaos —suplicó Margaret—, no tenemos ese libro aquí. Os habéis confundido.

—No, chiquilla, me temo que no. Llevo buscando ese libro bastante tiempo y no me iré sin registrar hasta el último rincón de esta casa. Tu padre lo robó hace mucho tiempo y ya es hora de que lo devuelva.

—Nunca he oído hablar de ese diario. Si hace tanto tiempo que lo tiene, puede que mi padre lo perdiera o se lo diera a la reina junto con otros botines a cambio del perdón.

—Tal como yo lo veo, señorita Margaret, tienes dos opciones. Puedes ayudarme a encontrarlo o puedo atarte a la cama y esperar a que llegue tu padre. Después de unas horas de tortura, estoy seguro de que el diario aparecerá. ¿Qué prefieres, niña? ¿La primera o la segunda opción?

Pasaron unos segundos y el capitán pensó que Margaret estaba tan asustada que no osaba contestar. Drake se acercó a ella un poco más y le rozó la mejilla con su dedo índice, bajándolo lentamente hacia la barbilla. Le levantó la cara un poco para mirarla a los ojos y descubrió unos ojos grises o azules, no podía distinguirlo bien en la oscuridad, llenos de determinación e inteligencia. No eran los ojos asustados de una niña y algo se encendió en su interior cuando descubrió que esa chica era más guerrera de lo que aparentaba.

—Creo que has decidido la segunda opción —dijo Drake empujando a Margaret encima de la cama. Ella cayó de morros y él aprovechó para inmovilizarla boca abajo—. Te ataré y esperaré contigo aquí, en la habitación de tu padre hasta que llegue —le susurró en el oído—. ¿Crees que le gustará que su hija disfrute con un pirata?

—¡Ruin! ¡Cobarde! ¡Sal de encima ahora mismo! ¡No os saldréis con la vuestra! —le gritó Margaret pateando y luchando por liberarse del cuerpo pesado del capitán.

—Shhh. No hagas ruido —le dijo Drake apuntándola con la pistola en la nuca. —Todo va a ser más fácil si te portas bien. Dime dónde guarda tu padre las cosas importantes y saldrás de aquí de una pieza.

El capitán vio como la chica se mordía el labio inferior de rabia y, tras un breve silencio, cerró los ojos, cogió aire y lo soltó lentamente para calmarse.

— Acompañadme.

Sam le dejó espacio para que se levantara de la cama y esperó con una sonrisa a que se adecentara el camisón. La chica pasó por delante de él, orgullosa, y lo guio fuera de la habitación hasta el despacho de su padre. Él ya había revisado en el despacho, pero observó a la joven desde la puerta. Ella se puso detrás del escritorio y lo empujó hacia delante. Drake se acercó a ver qué había en el suelo bajo el escritorio y observó como ella levantaba un tablón suelto del suelo. En el agujero del suelo había una palanca, Margaret se agachó y tiró hasta que un ruido se escuchó detrás de la pared. Ella se levantó mirando al capitán y después se acercó a la librería. La librería del despacho llegaba hasta el techo y Margaret subió por una escalerilla hasta llegar al último estante de arriba. Cogió un libro negro de lomo gordo y se lo tiró al capitán, que lo cogió al vuelo sobresaltado.

Él dejó el libro inmediatamente en el escritorio y lo abrió. Ese era el libro que estaba buscando. El libro que lo

convertiría en el pirata más rico y famoso de todos los tiempos. Su desilusión de reflejó en su cara cuando descubrió que no era más que una simple enciclopedia. Ni un solo mapa guardaba en el interior ese libro. Y de repente escuchó como ella se reía. Su risa era fresca como el amanecer y llegó a sus oídos como el agua llega a un sediento. Debería haberse enfadado por el engañado de esa niña, pero en cambio le divirtió. Le sonrió durante un instante y después, Margaret metió la mano en el hueco que había dejado el libro y accionó otra palanca en la pared. Otro ruido de engranajes se escuchó tras la librería y Drake observó como una estantería se separaba unos milímetros de la otra. Margaret bajó la escalera cuando escuchó al capitán acercarse y se quedó quieta.

—No hagas ningún truquito más para despistarme —le advirtió Drake, acorralándola contra la escalera— o tendré que matarte y llevarte tu cuerpo para que nadie lo encuentre—. El capitán cogió unos rizos entre sus dedos y se los apartó de la nuca para que sintiera el frío acero de su pistola.

—Ahí hay una sala donde guarda las cosas importantes. Si mi padre tiene vuestro libro, lo encontraréis dentro.

—Las damas primero.

Drake se apartó despacio para que entrara en la sala oculta. Margaret empujó la librería y entró. Drake cogió la lámpara de aceite que había sobre el escritorio y la siguió. Ante él se abrió una habitación no más grande que el despacho. En todas y cada una de las paredes se exhibían

los tesoros de la familia Roberts: reliquias, libros antiguos, copas de oro, joyas y más objetos valiosos. Allí dentro había más dinero reunido que en el resto de toda la casa. Estaba seguro de que el antiguo pirata Henry no se lo había entregado todo a la reina.

Margaret sabía de la existencia de esa sala y sabía que su fortuna no se había ganado legalmente. Drake le ordenó que buscara ella misma el diario mientras la vigilaba. Ella empezó a enseñarle los libros y ninguno era el diario de John Kidd. Siguió buscando hasta que no quedó ningún rincón sin mirar excepto un cofre del que no tenían la llave.

Drake sacó su navaja y forzó la cerradura del cofre. La tensión se apoderó del ambiente y tanto Margaret como él esperaban que el diario se encontrara dentro. Drake y Margaret se miraron un instante y él levantó la tapa del cofre lentamente.

—¡Sí! —gritó entusiasmado el capitán de la Rosa Negra, sacando un libro del cofre.

Una sonrisa iluminó su cara y Margaret observó atentamente el próximo movimiento del pirata. Abrió por la mitad el libro y comprobó que en sus páginas estaban los mapas, indicaciones y dibujos que tanto tiempo había anhelado. Lo cerró y se lo guardó en la camisa.

—Gracias, mi señora. Habéis sido de gran ayuda. Decidle a vuestro padre que os amenacé de muerte y no creo que el castigo que os imponga sea muy duro. Un placer conoceros —Drake se despidió con una reverencia,

demostrando por fin el respeto que ella merecía por haberle brindado su ayuda.

El pirata salió de la sala a toda prisa, pero antes de partir del despacho del señor Roberts se volvió a mirar a Margaret.

—Lástima que no nos hayamos conocido en otras circunstancias. Sois muy bella y yo soy un gran partido. — Drake le guiñó un ojo y salió de la casa con su preciado diario.

Margaret lo escuchó cerrar la puerta desde el pasillo y volvió a su habitación. Se acercó a la ventana y corrió la cortina para ver como el capitán Samuel Drake marchaba calle abajo hacia el puerto.

—Buen trabajo, Margaret —dijo una voz femenina detrás de ella.

Margaret se giró para mirar a la mujer que se encontraba sentada en su cama. Su pelo rubio le caía en cascada hasta los pechos. Tenía la piel dorada por el sol y unos ojos verdes chispeantes de vida. Vestía un corpiño marrón sobre una blusa blanca y unos pantalones de cuero a juego con las botas altas. Sus labios rojos le sonreían dejando entrever un diente de oro y, en su cabeza, un sombrero pirata adornado con una pluma negra y unas rosas ocultaba parcialmente su rostro.

—Gracias, capitana Siena —contestó Margaret con una reverencia tal y como Drake había hecho con ella.

La pirata se levantó de la cama y le puso la mano en el hombro.

—Eres buena mentirosa y tienes agallas. Cualidades para ser una pirata. Ahora formas parte de mi tripulación y de mi familia. Yo cuidaré de ti y juntas conseguiremos más riquezas de lo que hayas podido imaginar y que cualquier marido te pueda ofrecer jamás.

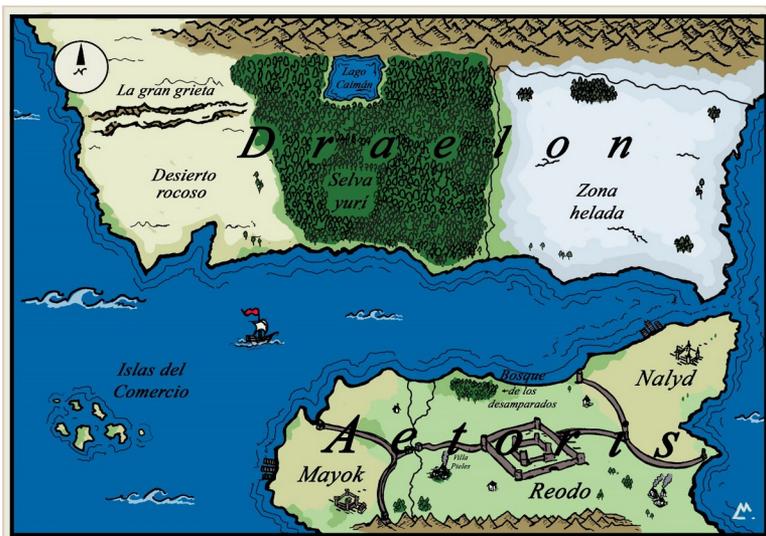
—Sí, capitana. Estoy deseando navegar en la Rosa Negra.

—Bien, pues no hay tiempo que perder. Zarparemos detrás de ese engreído de Drake, recuperaremos mi barco y veremos si es capaz de romper la maldición del tesoro de John Kidd. —La pirata se alejó y dejó a Margaret en su habitación, soñando despierta con el futuro inmediato que le aguardaba—. Andando, Margaret —le gritó su capitana desde el pasillo.

Margaret cogió aprisa la mochila que tenía preparada en su armario y se puso un abrigo largo que le tapaba el camisón. Siguió a la capitana Siena escaleras abajo, dejando atrás a su padre, su casa y todo lo que representaba su antigua vida.

Y partió en busca de un futuro de libertad.

«Muéstrame el final, de Antonio Posadas»



—Debes de estar recordando algo que te aporte mucha dicha para tener una sonrisa como la tuya en esta situación —me dijo la última incorporación a mi tripulación, Jotol. Un tipo de unos cincuenta años curtido durante toda su vida en la mar. No le conocía demasiado, sin embargo, era un marinero ejemplar.

Salí de mis pensamientos. Jotol me miraba. La fuerza con la que soplabla el viento y nos arrastraba a nuestro destino también movía su pelo y, en muchos casos, le hacía tambalearse.

—Estamos muy cerca de nuestro destino—ensanché mi sonrisa—. Llevo toda la vida aguardando este momento. Mi último viaje.

—Muchas son las historias sobre el capitán Bruma Roja. Prendió fuego a los muelles de Nalyd cuando el rey le negó la posibilidad de atracar allí. Saqueó los tesoros de Draelon y venció a un millar de hombres en Mayok él solo. —Jotol mostraba un entusiasmo desmedido en el semblante al hablar de nuestro objetivo, aquel a quien íbamos a matar.

Solté una risotada.

—Las historias se propagan velozmente por absurdas que estas sean. Draelon no tiene tesoros. Nalyd nunca ha tenido defensa marítima y el ejército de Mayok no tiene un millar de hombres. Habladurías —dije con desdén.

—Escuché la historia de que su padre es un dios de la mar y le concedió a su hijo el don de la inmortalidad. Su piel es impenetrable. ¡Nadie le puede matar!

—Se podría decir que admiras a ese pirata. No entiendo entonces como te uniste a mi tripulación a sabiendas de que nuestro objetivo es dar caza a piratas. En este caso al capitán Bruma Roja concretamente.

—Mi mayor deseo es verle en persona.

—Un deseo que puede ser el último. Es más que probable que muchos de nosotros no regresemos a nuestras casas. ¿Habías pensado en eso?

Jotol asintió.

—Bueno, también he oído hablar de ti.

—Cosas buenas, espero —interrumpí—. Las historias solo son historias.

—Pues yo creo que Bruma Roja es inmortal, por eso sigue vivo después de todo —aseguró Jotol mostrando su molestia—. ¿Tú no crees en su inmortalidad?

—Para qué iba a esconderse si no puede morir —contesté, solemne—. Te puedo asegurar que he conocido a varios seres inmortales. Y todos los seres vivos mueren. Sin excepción. Antes de que todo esto acabe nuestros cuerpos flotarán en el mar sin vida y nuestras historias serán olvidadas.

—Eres un joven fuerte, Kannem, pero tu pelo negro y tus ojos verdes no serán suficiente como para vencer a Bruma Roja. Tu pelo se mojará y tus ojos se llenarán de agua. Tus pulmones se encharcarán y la vida que conoces se convertirá en bruma.

—¿Para qué te has embarcado conmigo si tienes tan claro que voy a perder?

—Ya te lo he dicho, quiero verlo.

—Tu vida es un precio muy alto a pagar solo por ver a ese malnacido. Solo es un hombre cruel.

—Ya he conocido al famoso Kannem, terror de los piratas. Ahora me falta conocer a la otra leyenda viva de la mar. Al capitán Bruma Roja.

Tenía razón. Mi fama se había extendido por los mares de Aetoris a Draelon, incluso en los mares desconocidos del oeste. Sin embargo, no siempre fue así. Yo nunca pretendí hacerme famoso; simplemente quería consumir mi venganza para poder dormir en paz junto a mi familia. No recordaba la última vez que vi mi alma dormida.

Mi padre me contó que nací en alta mar, cerca de las Islas del Comercio. Mi madre murió durante el parto y él tuvo que hacerse cargo de mí. No creo que fuese fácil para él criar a un niño en alta mar. Y mucho menos si eras un pirata.

Todo lo que recuerdo de mi infancia es que navegábamos a las órdenes de Bruma Roja. Abordaban algunos barcos débiles mientras yo me escondía para no sufrir ningún daño.

La vida siendo un delincuente consiste en dormir con un ojo abierto porque nunca sabes quién puede venir a sacártelos de las cuencas. Mi padre siempre fue ese ojo abierto.

Crecí en la mar hasta que, un día, mi padre murió en un abordaje. Para entonces yo solo era un adolescente engreído que, al igual que Jotol, admiraba al gran Bruma Roja, el famoso capitán pirata que parecía invisible para los demás. Se decía que se fundía en las brumas y para

cuando sus enemigos se habían dado cuenta de su presencia ya habían tintado las brumas con su sangre.

Recuerdo la muerte de mi padre como si fuese ayer. Abordaban un navío de la realeza reodana cargado de tesoros para comprar mercancías en las Islas del Comercio. Bueno, más bien intentaban hacerlo. Aquel navío, a pesar de ser un navío mercante, iba custodiado por varios galeones. El abordaje se complicó. Si no se retiraban todos morirían y, aun retirándose, estuvieron a punto de morir. Había oído a la tripulación de Bruma Roja decir que nunca dejaban a un hombre atrás, pues ese día lo hicieron.

Gran parte de los hombres regresaron abandonando el abordaje, pero varios quedaron atrapados en el navío mercante y los dejaron a su suerte. Entre ellos mi padre.

Ese trágico día perdí la inocencia. Y la inocencia, al igual que la virginidad, solo se pierde una vez en la vida. Más tarde escuché decir que todos fueron ejecutados frente al palacio de Reodo.

Tuvieron la generosidad de dejarme marchar en las costas de Draelon. Lloré durante días. Estaba completamente solo y no era más que un niño. Trabajé en una taberna para poder comer y en mi tiempo libre comencé a adiestrarme y a estudiar cartas náuticas para poder orientarme en la mar. Aprendía todo lo que me era posible sobre la mar y el combate con el único fin de dar caza a todo pirata habido o por haber. Los quería muertos a todos.

Cuando fui adulto consagré mi vida a la mar y, durante años, cacé piratas sin el menor remordimiento. Me aseguré

de atravesar con mi cimitarra a toda la tripulación que abandonó a mi padre, pero por el camino aprovechaba para dar caza a otros. Les odiaba a todos ellos. Cazar piratas no está remunerado como tal a no ser que se ofrezca una recompensa por ellos, no obstante, arrebatárselos sus tesoros daba para vivir la vida. En muchas ocasiones, si su barco era mejor, lo cambiaba. De hecho, el primer navío que tripulé lo robé a un pirata en las costas de Draelon antes de rebanarle el pescuezo.

En uno de mis regresos a Draelon para cargar provisiones y sustituir a los miembros de mi tripulación caídos, la conocí a ella. A Dariry.

Dariry me dio un hogar y una familia. Dos hijos preciosos, revoltosos y desobedientes.

Tenía una vida perfecta, pero algo me oprimía el pecho durante el día y me impedía respirar por las noches. Solo quedaba uno. De los piratas que abandonaron a mi padre solo uno respiraba todavía. El capitán Bruma Roja.

Para librarme del nudo que tenía en la garganta y poder continuar con mi vida necesitaba acabar lo que empecé. Reuní a mi tripulación habitual y recluté a otros. Le busqué durante semanas por las tabernas de todo Aetoris hasta que, finalmente, escuché que llevaba tiempo fondeado en una pequeña isla al oeste. La desconocida Isla de los Esclavos. Se decía que antaño todos los esclavos llegados a Aetoris, sobre todo a Nalyd, provenían de esta isla. No aparece en los mapas y solo unos pocos conseguían orientarse para llegar a ella. Por suerte, yo era uno de ellos.

Nunca había trabajado con esclavos, pero recordaba su ubicación aproximada de cuando mi padre aún vivía. Él me la enseñó y marcó en un mapa cuando yo tan solo tenía trece años. Todavía conservo dicho mapa y, al parecer, me servirá para consumir mi venganza.

—¡Tierra! —gritó el vigía desde lo alto de la cofa—. ¡Tierra a la vista!

Corrí hacia la proa, necesitaba verlo con mis propios ojos. La tripulación se puso a mi alrededor para observar lo que tanto tiempo llevábamos esperando. Había algo de niebla y tardamos en verlo con claridad, pero no cabía ninguna duda, estábamos llegando a la Isla de los Esclavos.

Estaba alegre y una sonrisa de serenidad se formó en mi rostro. Tras avanzar un poco más, mi sonrisa se ensanchó. La Segadora de Olas, el navío del capitán Bruma Roja, estaba fondeado allí. El charlatán de la taberna decía la verdad.

Contábamos con el factor sorpresa y eso nos dejaba varias opciones. La Segadora de Olas era famosa por sus cañones, que nunca habían perdido una batalla, así que la opción de una lucha naval a cañonazos era inviable.

Debía de ir a por todas, no podía perderle. Después de esto, se acabaría lo de jugarme el pellejo para poder dormir por las noches. Se acabarían las tormentas marítimas golpeando el casco de mi navío. Y se acabarían el soportar los llantos de las viudas cuando informo de que sus maridos han perecido. Después de esto solo me quedaría una vida tranquila con Dariry y mis hijos.

—La niebla todavía nos oculta —dije al segundo de abordó—, pero no lo hará eternamente. Arriad las velas. El viento nos es favorable y necesitamos ganar velocidad. ¡Los embestiremos!

El segundo de abordó sonrió y comenzó a dar órdenes. Los tripulantes arriaron las velas y el viento nos empujó. La Segadora de Olas crecía ante mis ojos junto a mis nervios.

—Todo listo, Kannem.

Me coloqué detrás del espolón para calcular la trayectoria. Debíamos darles en el centro con dureza si queríamos dejar la Segadora de Olas inutilizada.

Fruncí el ceño y entrecerré los ojos para tratar de ver con claridad. No parecía haber nadie en cubierta de la Segadora de Olas.

—¡Agarraos! —grité, sujetando con fuerza un cabo para resistir el impacto.

La madera crujió y se astilló. De una embestida nos fundimos con la Segadora de Olas. Numerosos trozos de madera saltaron a cubierta y nos golpearon a los que allí estábamos. Otros pedazos flotaban en la orilla de la Isla de los Esclavos sin más.

—Que los remeros remen hacia atrás —ordené al segundo de abordó—. ¡El resto seguidme! Vamos a abordar la Segadora de Olas.

Cogí un cabo y, con mucho impulso, salté a la Segadora de Olas colgado de la cuerda. Me solté de esta y caí en la cubierta destrozada del navío del capitán Bruma Roja.

El navío estaba muy descuidado, como si llevase mucho tiempo fondeado allí sin que nadie se acercara a mirarlo. No encontramos a nadie en todo el navío. Bajé a las bodegas buscando a algún pirata que me diera respuestas, y encontré un buen cargamento de pólvora. Regresé a cubierta y ordené a mi tripulación que regresaran. Mi navío aún no se había retirado lo suficiente y no tuvieron problemas para regresar a él.

—¡Atrás, más deprisa! —ordené a gritos desde la cubierta de la Segadora de Olas—. Luego fondearemos aquí. En este navío no hay nadie.

Aguardé pacientemente a que mi navío, el Intrépido, estuviese lo suficientemente lejos como para no quedar dañado, y saqué un trozo de mecha, que introduje en uno de los barriles de pólvora. Lo extendí para tener tiempo de salir de allí y lo prendí.

Corrí a cubierta y, desde allí, salté al mar. Me alejé nadando en dirección al Intrépido. Antes de alcanzarles, la Segadora de Olas estalló en mil pedazos. Lo que antaño fue el más grandioso y temido barco pirata ahora solo eran un millar de tablas flotando en el mar.

Alcancé el Intrépido, me lanzaron un cabo y subí a cubierta. Luego, como había ordenado, fondeamos en las costas de la Isla de los Esclavos. Mi venganza no había concluido, debía asegurarme de que Bruma Roja ya

formaba solo parte del pasado. Subimos a los botes y llegamos a la orilla.

—Busco al capitán de la embarcación que acaba de estallar, ¿sabes dónde está? —pregunté a la primera persona que encontré.

Este me miró asustado. Estaba esquelético y magullado. Las costillas se le marcaban a través de la piel y su rostro parecía enfermizo. No me contestó, simplemente se encogió de hombros. Probablemente no entendía nuestro idioma.

Cerca había un hombre con mejor aspecto.

—¿Sabes dónde está Bruma Roja? —pregunté a este.

Se volvió para mirarme con una sonrisa.

—En esta isla nada es gratis —contestó el hombre—. Sí, sé donde está, sin embargo, no te lo voy a decir.

Saqué unas monedas de la bolsa y se las extendí para tirarle de la lengua.

—En la taberna. Lleva meses aquí.

Hice un ademán a mi tripulación para que me siguiera a la taberna. Era un edificio construido en madera cerca de la playa con unas discretas ventanas desde las que se podía ver el mar.

—Entraré yo solo —dije girándome para mirar a la tripulación—. Irrumpid si oís alboroto.

Me volví, tiré de la puerta y asomé la cabeza. Dentro olía a cerveza y vómito. Había algunos clientes sentados en las mesas comiendo y bebiendo. Lo hacían alegremente, sin embargo, uno de ellos bebía solo en un rincón con la cabeza gacha. Ese uno era Bruma Roja.

Caminé con pasos cautelosos y me senté frente a él con mi daga lista. Bruma Roja alzó la cabeza y me miró.

—Creí que nunca me encontrarías —dijo Bruma Roja mostrando un semblante triste. El semblante que tendría alguien que se ha rendido.

—Me ha costado mucho, pero con constancia y perseverancia todo se consigue. Con tiempo las posibilidades son infinitas.

—El temido Kannem. Exterminador de piratas, y todo por rencor y venganza. Habrías sido un pirata más temido que yo.

Bruma Roja dio un trago al contenido de su jarra.

—He venido a terminar lo que tú empezaste al abandonar a mi padre. Eres el último pirata vivo de la tripulación que ese día le abandonó. El error que cometiste fue perdonarme a mí la vida —dije, agarrando su jarra y dando un trago. Era ron.

—He cometido muchos errores en mi vida. Creí que aquí estaría seguro para pasar el resto de mis días. He robado suficiente como para vivir cuatro vidas aquí. Sin embargo,

no me acostumbro a estar en tierra. Cuando tienes una vida, no puedes cambiarla. Te darás cuenta de ello con el tiempo.

—Tú hoy la cambiarás —aseguré dando otro trago al ron—. Hoy es el día de tu muerte. Te reunirás con tu antigua tripulación y espero que mi padre te martirice allá donde os reunáis los piratas después de muertos.

—La venganza... Yo también he sentido la necesidad de vengarme en incontables ocasiones. Déjame que te diga una cosa, muchacho. La venganza es una rueda. Siempre regresa. Tú te vengas de alguien por algo y luego ese alguien quiere vengarse de ti. Lógico, ¿no? —Bruma Roja tosió violentamente—. En uno de mis viajes, conocí a un sacerdote católico. Una religión practicada muy lejos de aquí. Lo que me contaba ese hombre para mí era incoherente y sin sentido, pero hubo una cosa en la que sí tenía razón. En esta religión se dice que, si te golpean, hay que poner la otra mejilla.

—¿Para que te vuelvan a golpear? —pregunté confuso.

Bruma Roja asintió.

—Si tu devuelves el golpe, es probable que te golpeen de nuevo también a ti, pero si tu ofreces la otra mejilla, es posible que decidan no golpearte de nuevo. No sé si me entiendes, pero se puede aplicar a tus ansias de venganza. Déjalo ya.

—No tiene mucho sentido —contesté—. La satisfacción de saciar tu sed de venganza no es comparable a la desolación de no hacerlo.

—Puede no parecer tenerlo, no obstante, cuando has vivido tanto como yo, te das cuenta de que muchas cosas que antes carecían de sentido ahora sí lo tienen. —Bruma Roja me miró a los ojos.

Contemplé sus ojos crueles y pensé en sus palabras.

—Pretendes evitar que te mate. Ya entiendo por donde vas. —Bajo la mesa, le clavé la daga en su muslo izquierdo.

Bruma Roja apretó los músculos, sobre todo la mandíbula, sin embargo, contuvo el grito para no llamar la atención.

—En absoluto, Kannem. Estoy listo para irme. Soy un viejo pirata sin tripulación. —Asomó su cabeza por la ventana—. Y también sin navío. Hazlo. Solo quiero que recuerdes mis palabras, algún día me darás la razón. Espero que no sea tarde para que aprendas algo.

Apuñalé a Bruma Roja en los muslos las suficientes veces como para asegurarme de que se desangraría. En otro lugar con las leyes de Aetoris o Draelon podría haberle matado sin que nadie dijese nada. Era un conocido y buscado pirata. Sin embargo, aquí, todo cambiaba y prefería evitar tener que explicar por qué había matado a ese hombre. Limpié la daga en sus ropajes y la guardé.

El rostro de Bruma Roja había palidecido, pero no reflejaba temor. Sin ninguna duda estaba listo para afrontar el final. Yo esperaba ser capaz de afrontar el mío y dejar esta vida para siempre. Todo había terminado.

—Dale recuerdos a mi padre.

Me puse en pie y me marché al exterior. La tripulación me miró, ansiosa por saber si lo había encontrado.

—Está hecho. Ahora larguémonos de aquí. Estaréis ansiosos por regresar a vuestras casas.

La tripulación gritó, festejando que todo había terminado. Regresamos al navío y durante esa noche celebramos y festejamos la muerte de Bruma Roja. Al amanecer partimos a nuestro hogar, a Draelon.

Fue un viaje largo, pero tranquilo. La mar nos respetó y nos permitió regresar a nuestras casas con nuestras familias.

Desembarqué en Draelon nervioso y entusiasmado. De una vez por todas podría decirle a Dariry que todo había terminado. Que mi vida ahora sería para ella y nuestros hijos.

Fui el último en marcharme de la playa. Repartí la paga a mi tripulación y hablé con los marineros sobre cómo había ido todo.

Caminé hasta mi casa, buscando unas palabras mágicas para una ocasión mágica. No las encontré, nunca he sido bueno con las palabras. En su lugar me plantaría frente a ellos y mostraría una gran sonrisa que hablara por mí.

Llegué a la puerta y la golpeé con los nudillos enérgicamente, fingiendo desespero. Traté de aparentar que

quien estaba fuera tenía una emergencia. Nadie salió a abrirme. *Me han visto llegar*, pensé.

Tiré de la puerta y la abrí. El hedor a sangre golpeó mis fosas nasales y las palabras de Bruma Roja regresaron a mi cabeza. La madera del suelo había absorbido una gran cantidad de sangre tintándose de color granate. El arma con la que lo habían hecho estaba junto a los cuerpos.

Tragué saliva. «Esto es la venganza, lo que yo dejo a mi paso en los demás», pensé.

Di unos pasos al frente intentando mantener la entereza. Necesitaba asegurarme de que eran ellos. Las piernas me temblaban con cada paso y una parte de mí me suplicaba que corriera en dirección opuesta. Eran Dariry y mis dos pequeños. Degollados sin piedad. Todavía conservaban el semblante reflejando el terror que debieron de pasar.

Perdí la entereza y caí de rodillas. Golpeé el suelo con mis puños y lloré desconsoladamente a mi familia. Les abracé, suplicando a quien me escuchara que me los devolviera y me llevara a mí. Todavía estaban calientes cuando disolví el abrazo.

Cerca de sus cuerpos vi una nota: *“He sido yo, Jotol. Soy padre de uno de los piratas que asesinaste para poder dormir por las noches. Ahora sabrás lo que se siente cuando se pierde todo y descubrirás que eso también quita el sueño. También lo he hecho en honor al grandioso Bruma Roja. Larga vida a la piratería”*.

Esto era lo que ocurría cuando la venganza te ciega, al final se acababa volviendo contra ti.

Tragué saliva. Lo que me había dado el coraje para iniciar mi empresa, junto a las palabras de Bruma Roja, ahora me mostraba el final.

Pensé en agarrar la daga y atravesarme con ella tantas veces como había atravesado a Bruma Roja en los muslos, trece veces. Sin embargo, grité. Grité y agarré una silla que hice astillas contra la pared. Luego agarré la mesa y como si de un remo se tratara lo estampé contra el suelo. Mis gritos desolados resonaban más que el crujido de la madera.

Me tiré sobre mi familia y lloré sus muertes durante cinco días.

Luego fui a la taberna en busca de información sobre Jotol. Lo que creí que sería el final no era más que el principio. Antes de poder descansar golpearía a Jotol en ambas mejillas con mi cimitarra.

❧;Gracias, lector!❧

Estos relatos no tienen ninguna intención más allá de distraerte, pero quizá, llegado el final, te preguntes: ¿por qué un recopilatorio de cuentos piratas?

La razón es muy sencilla: en el Evento de 2022 de Las Auténticas Devoralibros a la mesa que me tocó moderar se la bautizó como la mesa pirata. El azar quiso que estos cinco escritores fuesen los elegidos para esta mesa y yo, aprovechándome de tanta creatividad junta, les propuse esta locura de recopilatorio piratesco.

Y aquí el resultado que has leído.

Espero que hayas disfrutado con la lectura y, si no conocías a alguno de los autores, te animo a que indagues más sobre sus obras, que les des una oportunidad para tus próximas lecturas y que les sigas por redes sociales para enterarte de sus futuros proyectos.

¡Toda reseña, todo apoyo y toda difusión son bienvenidos!

Gracias por soñar con nosotros,

Los piratas de tinta y letras